



DISCURSO EN LA INVESTIDURA DE DOCTOR HONORIS CAUSA AL SR. D. AVELINO CORMA CANÓS

Facultad de Ciencias Experimentales, 17 de octubre de 2023.

Nos reúne hoy en este salón de actos de la Facultad de Ciencias Experimentales la celebración de uno de los actos más gratificantes que jalonan nuestra vida institucional: la incorporación a la Universidad de Huelva, en su calidad de Doctor Honoris Causa, de un referente científico de primer orden, que nos prestigia y que nos impulsa, y a quien queremos considerar uno de los nuestros. Con la inclusión del Dr. Avelino Corma Canós en nuestro Claustro de Doctoras y Doctores, crece nuestra apuesta indeleble por el talento y nuestro afán diario por extender las fronteras del conocimiento sin abandonar, por el camino, la construcción de una sociedad cuyos cimientos se anclen fuertemente en la defensa de los principios éticos. Investimos hoy al profesor Corma y lo convertimos en modelo de los valores que queremos inculcar en nuestra comunidad universitaria y, particularmente, en nuestros jóvenes. Reconocemos una trayectoria ejemplar y una vida dedicada, con desprendimiento y generosidad, a construir y compartir el saber en un área tan relevante y necesaria como la de la química sostenible, tan puntera en nuestra Universidad.

La más noble de las misiones universitarias la vemos hoy encarnada en la persona del Dr. Avelino Corma, en cuya trayectoria investigadora y científica, de larguísimo recorrido, resultan incontables los premios nacionales e internacionales (incluyendo el



Premio Príncipe de Asturias), los numerosos doctorados honoris causa en universidades españolas y extranjeras, y un altísimo nivel de publicación y obtención de patentes. No cabe sino afirmar que, al aceptar gentilmente esta investidura, el profesor Corma Canós nos honra de manera extraordinaria.

Desde hoy, su nombre se suma al de tantos otros y otras –veintiocho hasta el momento- que constituyen la mejor orla para nuestra todavía corta historia como institución universitaria. Sus compañeros de distinción –Victoria Camps, Ernesto Cardenal, Robert Grubbs, entre otros– dan corporeidad y materia a esa mítica Academia de ecos atenienses en la que se da acogida a la ciencia y al pensamiento, donde se debate, se transmite y se intercambia el saber y en la que se esculpen, con el cincel de la palabra y el ejemplo, los valores de una ciudadanía crítica, responsable y democrática. Donde, en fin, fructifica el conocimiento y los esfuerzos se dan cita para resolver las grandes dudas y los problemas de la humanidad. Bienvenido, Avelino, a nuestra academia para, con tu ejemplo, iluminar nuestra senda y alentarnos en el desfallecimiento.

Llegas a nuestro Claustro después de toda una vida dedicada con excelencia a la investigación y a la transferencia del conocimiento. El padrino de esta investidura ya ha mencionado los extraordinarios méritos científicos que atesora tu curriculum y, aunque no es mi propósito volver a incidir en ellos, no me resisto a añadir algunas cuestiones que no suelen incluirse en los repertorios curriculares, pero que, sin embargo, suman un incalculable valor a lo realizado y hablan, más que de sus hechos, de la persona misma.



No. No es lo mismo iniciar una trayectoria científica en un lugar central, en un entorno de comodidad y facilidad o continuando la labor ya iniciada por los antecesores, que hacerlo en un contexto de precariedad, de falta de recursos financieros y humanos y cuando prácticamente todo está por hacer. Así fueron los comienzos del profesor Corma allá por los años 90, cuando se propuso fundar, literalmente de la nada, un Instituto de Tecnología Química, de forma que en él podemos vernos reflejados muchos de los que hoy asistimos a este acto y que hace 30 años, cuando se fundó la Universidad de Huelva, tuvimos que iniciar una trayectoria investigadora prácticamente en solitario, montando laboratorios que no existían, consultando bibliotecas de otras universidades y generando estructuras investigadoras, innovadoras y de colaboración interuniversitaria allí donde apenas había nada. Sabemos de lo que hablamos y podemos sentirnos orgullosos de lo mucho conseguido.

El profesor Corma inició su andadura junto a un reducido grupo de investigadores de la Universidad Politécnica de Valencia y del CSIC, con mucha más fe e ilusión que medios, y ello no le impidió poner las bases de una institución que hoy acredita un prestigio incuestionable a escala nacional e internacional. Durante dos décadas él ha sido el director del ITQ y, en todo momento, su aliento inspirador. Desde luego, la personalidad del profesor Corma debía de ser ya bien conocida cuando se inauguró el primer embrión de este Instituto: esos tres laboratorios ubicados en un aparcamiento a los que se ha referido el profesor Pérez en su *laudatio*. Ese mismo día, el entonces rector de la Universidad Politécnica de Valencia, Justo Nieto, manifestó: “hoy inauguramos



un instituto dentro de una universidad, pero, conociendo al profesor Corma, pronto seremos una universidad dentro de un instituto”. Y no iba mal encaminado, porque el tiempo demostraría que había nacido un potentísimo centro de investigación que se convertiría en marca de prestigio para la Universidad y en un elemento tractor para su proyección y crecimiento.

La anécdota es casi una parábola. No puede negarse que los medios son importantes, pero es el factor humano, sin duda, el que marca siempre la diferencia. En este sentido, el profesor Corma revalida de sobra una de las más sesudas reflexiones del insigne Santiago Ramón y Cajal, incluida en su obra *Reglas y consejos sobre la investigación científica. Los tónicos de la voluntad a finales del XIX*. En este opúsculo de nombre cambiante, publicado en 1899 y reeditado en 1916, se recogió el discurso que Cajal había leído dos años antes con motivo de su recepción en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de España. En él, el célebre neurólogo pone ejemplos de algunas de las lamentaciones más frecuentes entre los investigadores:

“Carezco de laboratorio, ejerzo una profesión incompatible con el vagar indispensable a la labor científica, las obligaciones de familia me roban el tiempo y dinero exigidos por el trabajo de investigación...»

Y luego expresa su opinión:

“Fácil será reducir a su cabal valor tales lamentaciones e insistir de pasada en esta verdad capital: *para la obra científica los medios son casi nada y el hombre lo es casi todo*. Deficiencias de medios



materiales. He aquí la cómoda excusa que muchos profesores y no pocos doctores ajenos a la enseñanza, aunque aptos para la investigación, ponen por delante en cuanto se les interroga por sus trabajos”.

El hombre lo es casi todo. ¡Qué frase más hermosa! La obra de Cajal fue escrita para brindar valiosos consejos a los jóvenes investigadores que se iniciaban en la vida del laboratorio, pero contiene también lúcidas reflexiones generales sobre el papel de la ciencia en la sociedad, sobre la responsabilidad del Estado en el fomento y difusión social del conocimiento y sobre las posibles soluciones para que en España la investigación arraigara y se propagase de veras. Curiosamente, 124 años después, las palabras de Ramón y Cajal mantienen una actualidad que impresiona, desconcierta y, sobre todo, entristece.

El hombre lo es casi todo. La calidad humana del profesor Corma amplifica la profundidad de esta frase. No lo digo solo yo, que ya he compartido con él algunas horas, sino que lo afirman y reafirman todas las personas que han tenido el privilegio de trabajar a su lado a lo largo del tiempo. Con su ejemplo, comprobamos una vez más que las personas más conspicuas dedicadas a la ciencia y al pensamiento se reconocen, muy frecuentemente, por su sencillez, su cercanía, su ausencia de vanidad y su generosidad. Inteligencias talentosas, humildes, cultas y cultivadas. Tengo para mí que, en lo que se refiere al profesor Corma, no es ajeno a esto un origen de pueblo en la periferia española y en el seno de una familia de agricultores en la que, casi a cada momento, un niño debía de sumergirse en la cultura del esfuerzo, la valoración de los



dones, la gratitud y esa empatía que predispone a comprender y ponerse en el lugar del otro.

Y esto encaja con lo que nuestro nuevo Doctor Honoris Causa manifestó en una entrevista en la Universidad de Navarra en 2017 al ser preguntado por el secreto del éxito en su labor: “Cuando miro atrás me doy cuenta de que en mi vida lo que he hecho ha sido fundamentalmente trabajar. También he tenido suerte al estar rodeado de colaboradores muy buenos que han creído en el proyecto. Al final, no hay secretos: se trata de tener buenas ideas, trabajar duro y perseverar”.

El hombre lo es casi todo. Pero una de las cosas en la que más vemos brillar la inteligencia emocional de Avelino Corma es su convencimiento de que solo se alcanzan las metas cuando se trabaja en equipo y cuando la mente rompe sus barreras escolásticas y comienza a percibir la vida y el mundo como una realidad multi e interdisciplinar, que solo puede ser abordada desde el pensamiento compartido y la puesta en común de ideas, problemas y soluciones.

Pionero, como hemos visto, en múltiples líneas de investigación, el profesor Corma es, además, un magnífico ejemplo de esa transferencia de conocimiento que hoy día constituye, junto con la investigación, la docencia y el compromiso social, una de las misiones irrenunciables de la Universidad. Sus numerosas patentes dan prueba de ello y suponen en la actualidad un importantísimo soporte económico para el Instituto de Tecnología Química. Irredento defensor de esta disciplina –la química–, en sus intervenciones públicas se trasluce siempre la convicción de que hay que agradecer a esta rama de la ciencia la mejora progresiva de



nuestro nivel de vida a lo largo de la historia, pues, entre otras cosas, es la que ha garantizado los abastecimientos alimentarios y la que ha proporcionado las claves para la curación de muchas enfermedades. La química no contamina, afirma el profesor Corma. Contaminan los que la usan mal y los que no han sabido colocar entre sus objetivos la conquista de una química sostenible. De eso, algo sabemos también en la Universidad de Huelva, que, dentro de su carácter generalista, se perfila cada vez más como una institución comprometida con la sostenibilidad y la conservación ambiental. Nos conduce a ello nuestra ubicación en esta provincia singular, siempre tensionada por un antiguo pasado industrial contaminante y la búsqueda de un futuro en el que la prosperidad pueda convivir equilibradamente con el respeto a nuestra privilegiada riqueza medioambiental. La Universidad de Huelva tiene mucho que decir en este campo y, de hecho, trabaja diariamente para aportar soluciones en todas sus problemáticas locales y globales. No en vano, uno de nuestros principales centros de investigación –el CIQSO– debe su nombre, precisamente, a esa búsqueda de una química sostenible que solucione problemas claves sin crear otros de más difícil solución aún.

No quiero terminar mis palabras sin felicitar a la Facultad de Ciencias Experimentales, por haber promovido este Doctorado por Causa de Honor y por constituir uno de nuestros más potentes centros en el ámbito de la investigación, y, en especial, a todo el personal docente e investigador que dentro de ella se encuentra vinculado a los estudios químicos: un personal que siempre nos ha honrado y honra con su prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras. Quiero particularizar esta felicitación en la persona del



profesor Pedro Pérez, que hoy nos ha permitido disfrutar de una magnífica *laudatio* en la que, con la brillantez y elocuencia que acostumbra, se han expuesto los muchos méritos del profesor Corma.

Hoy es un día feliz en una academia cada vez más golpeada por los recortes económicos, los vertiginosos cambios normativos y la espiral de burocratización. Aunque en algunos foros se pretenda enturbiar la grandeza de la tarea universitaria resaltando lo excepcional –el investigador depredador, falta de ética o que busca un enriquecimiento vacuo–, la comunidad universitaria tiene el puro convencimiento de que sigue siendo la abanderada de una tarea noble –crear y transmitir el conocimiento con honestidad y altura de miras–, una tarea gracias a la cual el mundo puede aspirar a ser cada vez mejor. Tener parte en esto no tiene precio y este acto debe hacernos sentir como algo íntimo y propio esta admirable labor que simbolizamos con la entrada en nuestro Claustro del profesor Corma Canós.

Estoy segura, por último, de que compartirán mi felicidad y mi orgullo los familiares del profesor Corma –especialmente su mujer Brisa y su hija Anaís– y todos sus compañeros y compañeras, amigos y amigas, que por estar a su lado en las duras y en las maduras, en los momentos exitosos y también en los de esfuerzo infructuoso, ya son también, de algún modo, parte vívida de este Doctorado Honoris Causa.

Recibe nuestra gratitud, querido profesor Avelino Corma, por ser ya uno de los nuestros y guiarnos con maestría en nuestras



tareas cotidianas, constantes y exigentes, a veces titánicas, pero reconfortantes siempre.

Muchas gracias.

